





La juventud Inconformista de Londres ha situado su cuartel general en el barrio de Chelsea y más concretamente en su arteria principal, King's Road. Con frecuencia, muchachos y muchachas hacen bandas aparte, pero también son frecuentes las reuniones conjuntas. Todos se encuentran en un momento de desfase de sus mayores.

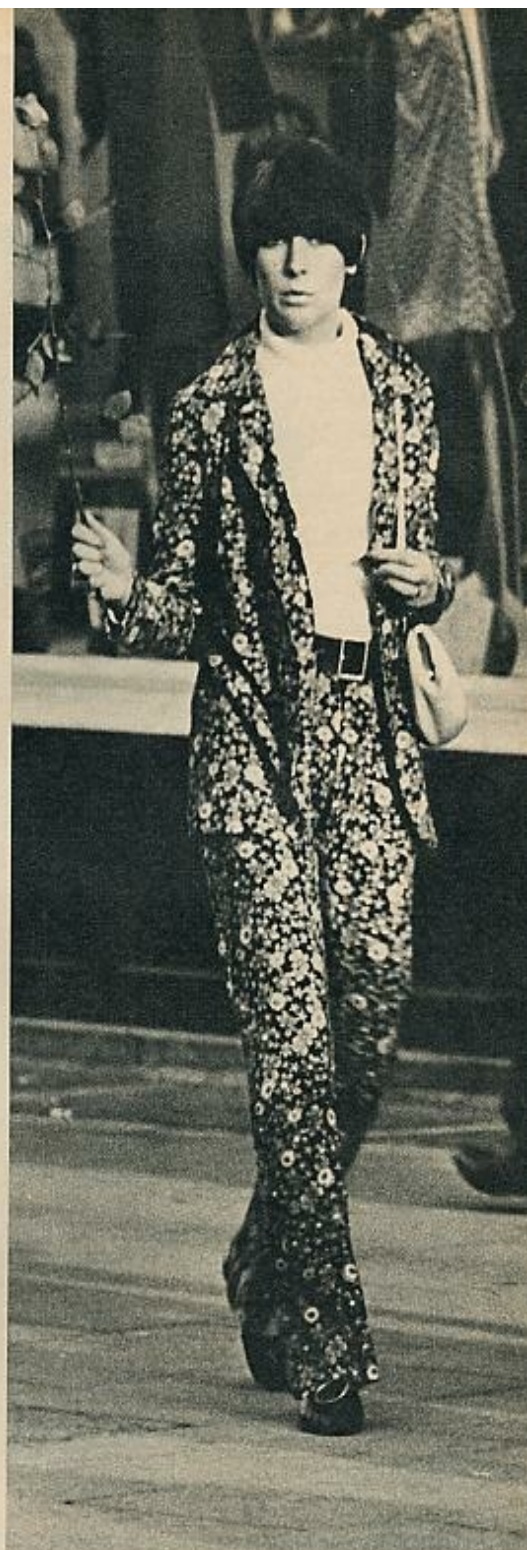
# LOS SABADOS DE KING'S ROAD

La vieja imagen de la Inglaterra victoriana ha perdido vigencia. De hecho, se había convertido en un tópico. Como empieza a ser un tópico la imagen de la Inglaterra actual, libre de prejuicios y a la vanguardia de las modas juveniles que imperan en el mundo. Hasta cierto punto podría hablarse de una similitud, en cuanto a formas de vida y casi de pensamiento, con el fenómeno de los países nórdicos. Las circunstancias políticas no son demasiado diferentes, si nos atenemos solamente a la actualidad y olvidamos la nostalgia del Imperio. Una monarquía fuerte en cuanto institución y que no cuenta gran cosa en cuanto a la política, un gobierno socializante en sus planteamientos y conservador a la hora de los hechos son sus principales características. Ello da, como resultado, una juventud cuya rebeldía está más en función de la lucha contra las tradiciones a la escala de los usos y costumbres que en función de las estructuras. No obstante, el pa-





Una pareja de los sábados de King's Road, días en que se mezclan muchachas y muchachos de todas clases.



El desprecio a las convenciones que fueron establecidas

norama no puede considerarse negativo. En todo caso se trataría de una época de transición. Del conformismo que durante tantos años ha presidido la vida británica en todas sus manifestaciones al inconformismo, aunque sólo sea superficial, que es ahora su signo va, desde luego, una distancia que puede considerarse como algo positivo. La evolución, ya que no la revolución, puede venir después.

En realidad, el fenómeno podría considerarse explicitado por su traducción al campo de las artes del espectáculo. El teatro de los «young angry men» ha dado un gran salto desde el muy discutible «Mirando hacia atrás con ira» hasta las más recientes producciones de los miembros del grupo, incluido el propio Osborne. El no menos discutible «free cinema» se ha decantado hasta dar lugar a obras de tan agudo espíritu crí-

tico y tan moderna concepción como el «Fango en la cumbre», de Donner.

En este terreno puede decirse que la juventud inglesa, o al menos un sector de ella —en este caso no delimitado por la pertenencia a grupos sociales privilegiados—, se encuentra en un momento de desfase respecto a sus mayores que, si no se ha traducido en una seria toma de conciencia de sus posibilidades de reformar la sociedad en que vive, ha dado como resultado, al menos, la creación de una situación de ruptura que más adelante pueda dar lugar a ello. En Londres este sector abiertamente inconformista ha situado su cuartel general en el barrio de Chelsea y más específicamente en su arteria principal, King's Road. La zona ha adquirido el mismo significado que tuvo Saint-Germain-des-Prés en la época de su máximo esplendor o que en la

actualidad sigue teniendo el Greenwich Village neoyorquino. En ella se dan cita artistas reales o pretendidos, estudiantes matriculados o no, escritores fecundos o infecundos. Se vive un tanto a salto de mata, sin esa sujeción a los horarios tradicional en los británicos. Se come tarde, se duerme tarde. Y, caso insólito, no se rinde culto al sagrado reposo del «week-end». Mientras el resto de sus compatriotas parten al campo o se encierran en sus casas, los habitantes de Chelsea y los que, ocupados el resto de la semana por su trabajo y no pudiendo permitirse habitar en el barrio, que es uno de los más caros de la ciudad, se trasladan a él en esos días de asueto, ocupan las calles, los restaurantes, los «pubs». Con frecuencia muchachos y muchachas hacen banda aparte. Ellos, ocupados con sus coches, muchas veces viejas tartanas; ellas, en sus char-





por otras generaciones se manifiesta en el extraño atuendo.

El tema floral es corriente en los vestidos. Todo está permitido con tal de que sea diferente y extraño.

las, en sus compras. Lo que no excluye las reuniones en torno a un tocadiscos y en las que la cerveza caliente sustituye al té de las cinco.

Muchachas procedentes de la llamada buena sociedad se mezclan, en esos fines de semana, con modestas mecanógrafas, unidas en un mismo desprecio de las convenciones y en una misma inquietud ante las estructuras sociales. Juntas están creando una moda, que traduce en términos aparentes su actitud no demasiado clara ante el mundo que las rodea. Pantalones floreados, faldas muy cortas, botas «Courrèges». Todo está permitido, con tal de que sea «diferente». Con tal de que marque una postura. Los buenos ciudadanos tradicionales comentan en voz más o menos baja, o simplemente se encogen de hombros. Por otra parte, cuando quienes son susceptibles de provocar el escándalo se hacen dueños de las calles ellos están en sus casas, cuidando sus jardines.

Una película «The Knack», ganadora de la Palma de Oro en el último Festival de Cannes, da en clave de humor un perfecto retrato de estas gentes y de la actitud de los demás ante ellas. Lester, el realizador de los dos films de los Beatles, inserta en los momentos álgidos de las más descabelladas aventuras de sus protagonistas los comentarios, tomados con el «objetivo indiscreto», de quienes se topaban con ellos a su paso. En un clima de ruptura total, dos concepciones de la vida se enfrentaban, con una clara toma de posición del autor a favor de los jóvenes, en una especie de zarabanda infernal puntuada por las críticas distanciadoras de los representantes de los prejuicios ancestrales.

Algo, en todo caso, está cambiando en Gran Bretaña. Si el cambio puede, de momento, con-

siderarse superficial —no pone en cuestión los fundamentos más sólidos de la sociedad en la que ocurre, desde luego— no por ello deja de ser importante. Y si es cierto que las cosas no van demasiado lejos, no lo es menos que el fenómeno, dentro de sus limitaciones, no puede reducirse a las batallas de los «rockers» y los «mods», a las bromas de peor o mejor gusto sobre los cabellos largos en los hombres y los pantalones en las mujeres y a otras actitudes por el estilo que en el fondo no hacen sino expresar una postura reaccionaria ante todo lo que signifique el más mínimo cambio. En un país donde tradicionalmente sólo los «mayores» tenían derecho a la utilización de la palabra, los jóvenes han decidido que tienen algo que decir. Ahora falta saber qué es.